

EL JUEGO DE LAS MÁSCARAS

—Parte I—

LA PLEGARIA DEL AMANECER

Marina Nill



Fotografía y diseño de tapa: **Sebastián Martínez**

Diseño Editorial D: Pascual Ibarra

Adhesión de SADE – Corrientes

Edición a cargo de Editorial D

La autora conserva todos los derechos.

Contacto: marinanill@gmail.com

Nill, Marina Lilián

La plegaria del amanecer : el juego de las máscaras I / Marina Lilián Nill. - 1a ed. - Resistencia : Marina Lilian Nill ; Corrientes : Editorial D, 2023.

306 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-00-1398-5

1. Novelas. 2. Literatura. 3. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Libro de edición Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita del titular del Copyright.

Agradecimientos

El trabajo del escritor tiende a ser bastante solitario en una primera etapa, mientras construye y escribe su libro. Pero más adelante, al momento de documentarse, de corregir, de publicar y promocionar, se hace necesaria la colaboración de terceros.

No alcanzan las palabras para expresar mi profundo agradecimiento a las personas que me asistieron en cada una de las partes de esta novela: **Marisa Laura Bozиковic**, en la construcción psicológica de los personajes y **David Zaracho**, en el marco legal. **Juan Carlos Cerrutti** por ilustrarme en celebraciones y rituales judíos para darle un contexto más firme a Sofia Brickmann y **Ahmed Oubali** por su amable guía y la información que me facilitó para construir la historia de los Ben Alí, una familia musulmana. A **Elizabeth Bergallo** y **Sil Ortega**, por ilustrarme en detalle en cuanto a la vida e idiosincrasia de Presidencia Roque Sáenz Peña, con viajecito dominguero incluido en el caso de Sil, para que las descripciones tomaran una forma real que se notara al momento de escribirlo.

A **Lilián Gómez** por su buena disposición para corregir la novela en una primera pasada, y a **Carolina Gómez Geneiro**, que se ocupó de responder mis dudas en una etapa más exhaustiva de ese trabajo. Y muy especialmente, a mis amigos **Avelino Sainar Nuñez** y **Karina Winckler**, que aceptaron de buen grado el desafío de presentar cada una de las partes de la novela en Corrientes y Resistencia.

También quiero mencionar a mi hermana, **Sonia Nill**, por habernos prestado su casa para la foto de la

portada, y a **Sol Nill Imfeld**, la hija de mi primo Walter Nill, que accedió a prestarle su rostro a Sofía Brickmann en los carteles para difusión en redes sociales.

Siempre en mi corazón don **José del Carmen Nieto** y **Margot Pérez Solari**, que compartieron con generosidad sus conocimientos y experiencia conmigo, y gracias a quienes me convertí en la escritora que soy.

*Nada ocurre por azar, dicen.
El tiempo y el espacio
son barreras que se vencen
cuando la vida hace su llamado.
Los corazones se entrelazan
en un sentimiento inquebrantable
nacido de una empatía natural
imposible de explicar...
La cavilación solo posterga lo inexorable...
Darse la espalda a sí mismo
enfurece aún más al destino.*

Capítulo 1

La casa

I

Sofía supo que algo andaba mal por la manera en que la observaban. Una mirada de asombro, que de inmediato se transformaba en desconfianza.

Lo notó en cuanto bajó del remis. Algunas personas de las casas vecinas asomaron las cabezas por las ventanas; otras, que iban caminando, se dieron vuelta descaradamente; y algunas más, que estaban sentadas en la vereda en pequeños grupos, detuvieron sus charlas y risas para clavarle una mirada que, a Sofía, le pareció muy poco amistosa.

En un primer momento, lo atribuyó a su aspecto físico. Su tez pálida y tersa, sin asomo de pecas, sus brillantes ojos verdes, oblicuos, protegidos por finas cejas y pestañas rojizas, y su abundante cabellera ondeada también de un rubio rojizo, que siempre llevaba suelta sobre los hombros, habían llamado la atención desde que era una niña.

Llamado la atención. No despertaban desconfianza.

De inmediato, a Sofía se le ocurrió que, entonces, la causa podía deberse a que era una extraña. Supuso que los vecinos habían vivido desde siempre en el barrio, y ver llegar a una desconocida bien podía generarles recelo. Aun así, se sentía desilusionada. Tenía entendido por su padre —que había sido viajante cuando ella era pequeña— que la gente de los pueblos tendía a recibir con hospitalidad a los visitantes. Pero, claro, Resistencia —si bien en nada se parecía a Bue-

nos Aires— tampoco podía considerarse “un pueblo”. Y ella misma, no estaba aquí en calidad de visitante. Había llegado para tomar posesión de su casa.

La extraña asociación la atravesó con la velocidad de un rayo. ¡La casa! ¿Y si se debiera a ella? Porque, pensándolo mejor, la misma actitud había notado en el chofer del remis. El hombre le había salido al cruce en la Estación Terminal de Ómnibus para ofrecerle sus servicios, y una vez que estuvieron el bolso en el baúl y ella acomodada en el asiento trasero, cuando le dijo el nombre del barrio al que se dirigía, él soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Mi abuela vivió allí toda su vida! ¡Ese fue uno de los primeros barrios de Resistencia! ¿Cuál es la dirección exacta?

Sofía rebuscó entre los papeles que guardaba en su cartera. Cuando la halló y se la leyó en voz alta, la actitud del hombre se enrareció.

—¿Está segura?

—Es la dirección que me dieron —replicó Sofía. Y esperaba que fuera la correcta, porque se sentiría bastante decepcionada de haber hecho un viaje tan largo para acabar a la deriva.

El hombre se mantuvo en silencio un momento, pensativo.

—Esa era, cuando mi abuela vivía, la casa de doña María. Después de que ella se fue, la vendieron o alquilaron varias veces, pero la gente duraba poco. Nunca se supo por qué. La casa es linda, pero se nota el abandono.

Sofía murmuró alguna tontería para responder al comentario. Hicieron en silencio el resto del trayecto.

Al llegar a destino, ella pagó el viaje y él la ayudó a bajar el bolso y acercarlo a la casa. Sofía se lo agradeció y el hombre se marchó en su auto desgastado.

La sensación de que cada uno de sus movimientos estaba siendo estudiado se hizo más fuerte. Casi podía oír los cuchicheos a sus espaldas. Confundida, corrió el pasador del portoncito de madera y entró a un jardín delantero muy descuidado. El pasto que alguna vez debió de extenderse sobre la tierra reseca estaba atestado de yuyos; un rosal sobrevivía entre la maleza, y dos bellos árboles, viejos y frondosos, acariciaban con su sombra el frente de la casa, donde destacaban la puerta principal, dos ventanas, y una puerta más, escondida en una pared lateral.

Estaba por cerrar el portón cuando una mano huesuda se aferró a su brazo. La cara surcada por arrugas de una mujer añosa, que caminaba encorvada, se alzó para mirarla directo a los ojos. Sofía notó que la anciana tenía un bastón y renqueaba. A pesar de lo desconcertante del gesto, la tranquilizó que esta mujer no la observara con asombro ni desconfianza. Al contrario: había una decisión en aquella mirada profunda y tanta firmeza en su mano, que contradecían su aspecto vulnerable.

Tras un instante que pudo haber sido eterno, la anciana habló. Solo dijo una palabra:

—¡Sofía! —La exclamación le sacudió el cuerpo e iluminó su mirada.

Cada vez más confundida, la joven se vio reflejada en aquella mirada. Era imposible que esta mujer supiera algo acerca de ella. Sin embargo, no parecía ser una casualidad...

—¡Sofía...! —repitió la anciana, al borde de las lágrimas. Con la voz entrecortada quiso agregar algo más, pero en ese momento, una mujer robusta se acercó corriendo. Después de pedirle disculpas a Sofía, tomó del brazo a la mujer y casi la arrastró hacia la vereda. Sofía escuchó algunas frases sueltas como “sabe que no tiene que salir sola” y “cómo va a molestar así a la gente”.

Sofía vio como sin mirar en qué dirección se marchaban. Permaneció pensativa un instante. La viejecita, más que molestarla, la había sorprendido. ¿Cómo pudo saber su nombre? Su voz temblorosa hacía un eco interminable en su mente. “¡Sofía...!”

II

La joven había nacido en el barrio de Belgrano, en Capital Federal. Su nombre completo era Sofía Magui Orel Brickmann. Según Pablo Samuel Brickmann, su padre, él mismo había escogido los tres nombres, en una ráfaga de clarividencia que le advirtió que esta sería su única hija. Si bien no pudo hacerlo durante la lectura de la Torá, después del nacimiento —porque para entonces su distanciamiento con la comunidad judía estaba en un punto sin retorno— sí aguardó hasta tenerla en sus brazos para pensar cómo la llamaría. Eligió Sofía, un nombre griego que significaba sabiduría, y dos nombres hebreos: Magui, “mágica”, y Orel, “luz de Dios”. Cuando Sofía era pequeña, y Pablo deseaba crear un clima especial para compartir un momento juntos, solía llamarla “mi sabia y mágica luz de Dios”.

Pero Sofía ya no era una niña. Había cumplido veinticuatro años en febrero, y los celebró casi en simultaneidad con el final de sus estudios universitarios. Poco después de su cumpleaños se recibió con una nota excelente de médica veterinaria. Su padre propuso un festejo doble, al que invitaron a muy poca gente: su primo Jonathan, algunos compañeros de estudios, y algunos de amigos de la familia.

Fue la última alegría que Sofía pudo darle a su padre. Dos meses después, el hombre falleció de un cáncer de pulmón. Su muerte, como cada capítulo de su vida, fue una lección más para su hija. “El cuerpo nos cobra los abusos. Tratalo con amor y respeto. Es el

vehículo que te mantiene anclada a este mundo”, le había dicho. No necesitó hacer referencia a sus años de fumador empedernido, respaldados en su necesidad de quemar el estrés.

Pese al tiempo que había tenido para hacerse a la idea, la muerte de su padre fue un golpe duro para Sofía. Durante muchos años —demasiados— solo habían sido ellos dos. Sofía no tenía hermanos, y Sarah Kirschenbaum, su madre, había desaparecido cuando ella tenía cinco años, dejándole nada más que un puñado de recuerdos y la esperanza angustiante de que regresaría un día... Pero los días transcurrieron, también las semanas, los meses, los años... y la esperanza se desvaneció. Por eso, al perder a su padre, la sensación que Sofía tuvo fue la de haber quedado completamente sola en el mundo.

Pero eso no era así, porque por parte materna tenía tíos y primos, aunque su relación con ellos era muy distante. Sarah había sido la menor de tres hermanos. El mayor, Ezequiel, había tenido un único hijo, Jonathan. Mariana, la del medio, tuvo dos: Madeleine y Gabriel. A pesar de que Jonathan le llevaba nueve años, era con el que mejor se llevaba Sofía y el único al que la unía un vínculo fraterno. A los otros dos los odiaba, por el favoritismo que sus abuelos demostraban hacia ellos. Mariana había muerto en la misma época en que Sarah desapareció, y desde entonces sus abuelos —en especial su abuela— se habían empeñado en compensarlos por lo que la vida les había arrebatado. Por desgracia, Sofía no los preocupaba en la misma medida. Y no les molestaba demostrarlo. Sofía respondió al gesto cortando para siempre el vínculo con ellos: ni

siquiera acudió al pedido agonizante de que fuera a verlos cuando estaban en sus últimos días. Al reproche de Madeleine por su insensibilidad, Sofía respondió que si esperaban su amor en la vejez deberían haberlo cultivado con más esmero cuando tuvieron la oportunidad.

Su resentimiento tenía su razón de ser. Mientras fue pequeña Sofía no podía entenderlo, pero sabía que algo relacionado con ella perturbaba y disgustaba tanto a sus abuelos, como para justificar el trato diferenciado entre los nietos. Algo veían en ella que la hacía diferente de sus primos.

Supuso que tenía que ver con la historia de sus padres. Sarah se había casado a los dieciocho años, recién salida del colegio secundario. Eso solo no significaba nada: Ezequiel lo había hecho a los veinte y Mariana a los veintidós; en esa época, lo habitual era que las parejas se casaran jóvenes. Pero Pablo desentonaba entre los hijos políticos porque le llevaba veinte años a Sarah. Sofía suponía que aceptar aquello no había sido fácil para sus abuelos.

Para completar, Sofía demoró siete años en llegar. Sabía que habían pensado que uno de los dos era estéril. Pero tampoco se pusieron contentos cuando Sofía nació. Algo había en ella indigno de celebrarse. “Peor para ellos: se quedaron sin nieta”, respondía invariablemente Sofía cuando alguien tocaba el tema.

Lo supo después de muchos años. Cuando tuvo madurez suficiente para comprender la complejidad de las relaciones humanas, su padre la sentó una tarde a su lado y le ayudó a componer los fragmentos del rompecabezas de su vida. Pudo entenderlo, pero su

corazón se heló. La sensación de que su única familia era su padre, se acentuó. Y al perderlo, el sentimiento de soledad la habría ahogado, de no ser por el apoyo de Raquel Ramberg, una amiga entrañable de su padre.

Raquel —al igual que Pablo— era una sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial. Se habían conocido en el barco, huyendo de Alemania. Cursaron juntos la escuela primaria, y a pesar de que después tomaron caminos diferentes, siempre estuvieron pendientes el uno del otro. Cuando Sarah desapareció, Raquel se acercó a la apesadumbrada familia para ofrecer su consuelo y ayuda. Ante la indiferencia de sus abuelos, trató de compensar a Sofía con su presencia y consejo cada vez que los necesitaba, sin pretender jamás ocupar el lugar de su madre, y de esa manera se había convertido en un pilar importante. Tras fallecer Pablo, Sofía se refugió en Raquel, que se mudó con ella para acompañarla en los *Shloshim* durante un mes.

Distinto fue el destino de una relación que sostenía porque no había encontrado la manera de cortarla. Sin que los tres años que llevaban juntos pesaran en su decisión (o quizá, justamente, debido a ellos) cuando Joaquín Marchena le propuso que la muerte de su padre debía significar el comienzo de una nueva etapa en su pareja, una etapa de mayor compromiso y reflexión, quizás intentando una convivencia con vistas al casamiento..., Sofía decidió que la muerte de su padre implicaba una nueva etapa en su propia vida: una de total introspección y búsqueda del propio destino. Haber logrado el título universitario no le garantizaba haber encontrado su lugar en el mundo, y hasta

no hallarlo no quería aturdirse con gente, compromisos ni decisiones desacertadas.

Mucho debió lidiar con la insistencia de Joaquín en que su reacción se debió a la susceptibilidad por la pérdida. Sin embargo, viendo que él no quería aceptar la ruptura y que seguía controlándola y presionándola para que siguieran juntos, Sofía terminó yendo a la comisaría para hacer una denuncia. Como no se trataba de un caso de violencia física y ni siquiera la había amenazado, al final quedó como una exposición. Sofía no se enorgullecía de lo que había hecho y suponía que para Joaquín sería un golpe bajo, pero al menos había sido clara en su advertencia.

Ocurrió algo extraño en esas semanas. Su primo Jonathan, abogado que se había encargado los últimos años de los asuntos legales de Pablo, le dijo un día que necesitaba comentarle algo relacionado con la herencia de su padre. Cuando Sofía fue al estudio jurídico preocupada, pensando que serían malas noticias, se enteró de que entre las cosas que su padre le había legado se contaba una casa ubicada en un barrio de clase media de la ciudad de Resistencia, capital de la provincia del Chaco.

—En realidad había tres casas —le explicó Jonathan, mientras le mostraba los papeles—. Una estaba en Tigre: fue la casa que Pablo heredó de su padre. La otra estaba en Paraná, provincia de Entre Ríos. Me dijo que la había comprado porque fue una buena oferta y le era de gran utilidad, por lo mucho que viajaba a esa ciudad. Hizo pocos comentarios en relación con esta última casa, la del Chaco; supuse que también habría viajado mucho a esa zona, pero la verdad es

que empezamos tarde los trámites y el último tiempo hablábamos muy poco...

Las dos primeras se habían vendido muy bien: con el dinero que le dejó la casa que estaba en Tigre, Pablo había costeado los gastos de su enfermedad. La de Entre Ríos, por su parte, había pasado a engrosar una cuenta bancaria a nombre de Sofía, en la que estaban el dinero y los valores que le dejara su padre.

—Es posible que en sus planes estuviera vender también la casa de Chaco; las complicaciones por la enfermedad le impidieron concretar varias cosas — observó Jonathan—. De todas formas, la casa está a tu nombre y podés disponer de ella como mejor te parezca. Si la querés vender, puedo ayudarte.

Venderla no fue la primera idea que cruzó por la mente de Sofía. Si aquella casa había pertenecido a su padre, aunque fuera en breves viajes, algo de su esencia habría quedado impregnado en las paredes, y ella quería palparlo. Las cosas que le habían pertenecido, el suelo que había pisado, aquello que alguna vez hubiera rozado el cuerpo de su padre, para Sofía eran sagrados, porque representaban una manera de volver a tenerlo.

En poco tiempo, la ansiedad por conocer la casa se convirtió en una extraña obsesión para alguien que hasta entonces solo buscaba la manera de continuar con su vida. Pero se le presentaban dos inconvenientes. El primero, conseguir permiso de su trabajo para realizar el viaje a mediados de año. El segundo, encontrar quien se hiciera cargo de alimentar y cuidar al Rusito, su gato mestizo de cinco años.

El Ruso era el amigo más leal de Sofía, su único amigo de verdad, el guardián de sus secretos. Era hijo de una gata azul ruso y padre desconocido. Por eso, los dueños de la gata se acercaron a la clínica veterinaria donde Sofía colaboraba en sus primeros años de estudiante, para pedir que lo sacrificaran apenas nació, pero ella los convenció para que permitieran que la madre lo amamantara, con el compromiso de que luego lo adoptaría. El Rusito tenía treinta días cuando se lo llevaron de nuevo. Tenía los ojos abiertos y había empezado a comer por su cuenta. Aunque era mestizo, tenía el mismo pelaje que su madre, pero sus ojos eran azules y no cambiaron de color cuando se hizo adulto. Pensó muchos nombres para él, pero de tanto decirle “el Ruso, el Rusito” en alusión a la raza mientras se decidía, terminó llamándose así.

La atención del Ruso fue lo primero que se resolvió. Raquel le prometió ir al apartamento a diario para alimentarlo y ver que estuviera bien. Pedir unos días en su trabajo tampoco fue complicado: era una clínica veterinaria pequeña, atendida por sus dueños, que le tenían mucho cariño. La habían acompañado durante la enfermedad y muerte de Pablo y les entristecía verla apagada. Si este viaje la ayudaría a recuperar el buen ánimo, la alentaban a hacerlo.

Casi sin darse cuenta, todo se había solucionado favorablemente. Fue el momento de pedir consejo acerca de las empresas de ómnibus de larga distancia y comprar los pasajes. El de regreso con fecha abierta, ya que no sabía qué la esperaba en Resistencia ni cuánto tiempo permanecería allí. Y se preparó a em-

MARINA NILL

prender la que sería —hasta ahora— la mayor aventura de su vida.

III

Tras un cansador viaje de doce horas, Sofía estaba lista para tomar posesión de su casa. Las llaves funcionaron a pesar de que las cerraduras se veían bastante herrumbradas. Antes de abrir la puerta principal, cerró los ojos y respiró hondo. No pudo, en esos segundos oscurecidos por sus párpados apretados, imaginar qué encontraría adentro.

Lo primero que sintió, al abrir la puerta, fue la densidad del aire frío y húmedo. Abrió los ojos y vio un espacio amplio y vacío: a su derecha, lo que en otros tiempos había sido la cocina; a su izquierda, lo que pudo haber sido una sala de estar y un pequeño pasillo. Había una puerta enfrentada a la principal.

Antes de avanzar, Sofía buscó las perillas para encender la luz. Cuando encontró la primera cuando reparó en el detalle: era posible que las lamparillas no funcionaran, si era cierto que la casa había pasado vacía tanto tiempo.

En efecto, la lamparilla estaba colocada, pero no encendía.

Aquello no la preocupó. Dejó su bolso a unos metros de la puerta de entrada y abrió las ventanas. La luz natural que entrase sería suficiente para mirar y pensar qué haría con la propiedad. En cualquier caso, antes de pensar en venderla o ponerla en alquiler, había muchas reparaciones por hacer. Lo observó mientras la recorría.

La casa era pequeña, pero armónica y muy acogedora. La sala de estar tenía unos amplios ventanales

que daban al jardín delantero, desde donde penetraba la dulce fragancia de las rosas descuidadas, que parecían haber sobrevivido demasiado tiempo en aquel lugar.

Había dos dormitorios: uno de tamaño mediano y otro muy grande, y un baño que, en épocas pasadas, Sofía supuso habría sido primoroso. El ambiente principal podía funcionar como cocina, comedor y sala de estar. Sobre esta última se extendía un entresuelo destruido, al que ni siquiera podía acceder por falta de una escalera, pero la ventanita redonda que podía ver desde abajo le pareció un detalle primoroso: desde allí podían verse las copas de los árboles y el movimiento en la calle. Sonrió al imaginarse sobre unos almohadones, escuchando música, leyendo, resolviendo crucigramas... hasta conversando con amigos... Desde ese momento, fue su lugar preferido de la casa.

La cocina comedor tenía una puerta que comunicaba con el jardín trasero, más amplio y en peores condiciones que el delantero. Había muchos árboles bien distribuidos, algunos frutales. Sofía los pudo observar a través de una pequeña ventana rectangular, protegida por unas rejas herrumbradas, ya que no logró abrir la puerta con ninguna de las llaves.

Se sentía feliz. Había olvidado las miradas de desconfianza de los vecinos y el extraño episodio con la anciana. Ahora, solo pensaba lo que haría de aquí en más.

IV

Supuso que eso podría pasar, por eso compró el pasaje de regreso a Buenos Aires con fecha abierta. Quería quedarse unos días, quería mandar a arreglar la casa para dejarla en condiciones de ser habitada. Para eso, antes que nada, necesitaba encontrar alojamiento. No podía quedarse ahí: no había luz ni agua, muebles, cocina ni heladera; el baño tampoco funcionaba, y una vez que oscureciera, la casa ya no sería tan acogedora, de eso estaba segura.

Cerró las ventanas, sacó el equipaje y llaveó la puerta principal. Mientras arrastraba el bolso, miró en derredor, en busca de un rostro amistoso a quien pedirle consejo. Quería ir al centro, registrarse en un hotel y organizar su estadía.

Lo primero que notó fue que ya no había tanta gente en las veredas. Supuso que la mayoría se habría ido a trabajar. Pero había algunos transeúntes caminando por la cuadra. Le pediría ayuda a alguno de ellos.

Al cerrar el portón, vio una mujer que cargaba unas pesadas bolsas con mercadería. Sus miradas se cruzaron y la mujer se le acercó, curiosa.

—¿Estás por alquilar la casa? —le preguntó, confiada.

—No —respondió Sofía, feliz por esa conversación espontánea—. Heredé la casa de mi padre y vine a conocerla, ¡pero necesita muchas reparaciones antes de que alguien se pueda mudar ahí! —rió. Y a propósito, le comentó que quería ir al centro y estaba buscando un hotel.

La mujer pensó un momento.

—Los hoteles son caros... Si te conformás con una buena habitación y comida casera, a pocas cuadras hay una vecina que alquila habitaciones. En realidad, es una pensión para estudiantes, pero sé que varias veces alquiló a mujeres que estaban de paso. Tiene precios razonables.

A Sofía le pareció una excelente opción. Si bien el dinero no era un problema para ella, tampoco era cuestión de derrochar. Además, le gustaba el hecho de que estaría tan cerca de la casa. Asintió, mientras se colgaba el bolso del hombro.

—¿Me dijiste que heredaste esa casa...? —continuó la mujer.

—Sí, de mi padre, Pablo Brickmann. ¿Lo conoció? —respondió la joven, esperanzada.

Pero la mujer negó con la cabeza, pensativa.

—Nadie con ese nombre vivió nunca ahí... Aunque no sé... ¡La casa es viejísima! Llevaba abandonada muchos años cuando se fue a vivir ahí doña María. Era una mujer rara: no salía nunca, tampoco tenía amigos. Yo misma no alcancé a conocerla más que de vista. Después de eso, la casa se alquiló de nuevo por poco tiempo. Está vacía desde hace muchos años, pero al principio había una mujer que iba a hacer la limpieza y arreglaba el jardín. Después no fue más.

Por el estado en que la encontró, eso era evidente.

—Pero vos no sos de Resistencia —insistió la mujer, que estaba disfrutando de la conversación—. Me doy cuenta por tu tonada.

Era inevitable. Su acento la delataba.

—Soy de Buenos Aires —dijo Sofía.

—¡Lo supuse! —exclamó la mujer, triunfal, y después le preguntó qué planes tenía para la casa. ¿Se mudaría, la vendería, la alquilaría...?

—No, no quiero venderla, pero también es demasiado pronto para hablar de una mudanza —respondió Sofía—. Eso significaría empezar una nueva vida... Tendría que pensarlo... A lo mejor más adelante, no lo descarto.

La mujer rio.

—Cuidado, niña, ¡no vayas a pisar la huella del indio, porque ya nunca te irías de aquí! —le advirtió, pero antes de que Sofía pudiera preguntarle a qué se refería, con un gesto de la cabeza le mostró la casa por la que estaban pasando. Era una construcción irregular: ya desde la vereda podía apreciarse que al edificio original le habían agregado habitaciones en la planta alta y a los costados, pero el conjunto ofrecía una impresión... interesante, evaluó Sofía. Le agradeció a la mujer con una sonrisa y se despidieron cordialmente. Después tocó el timbre y esperó.

V

Habían caminado solo cuatro cuadras, sobre la misma calle, pero la diferencia en el movimiento de la gente era notable: circulaban muchos más autos, motos y bicicletas, y las personas iban y venían por las veredas. Sofía supuso que una de las causas podía ser el supermercado que estaba al lado del caserón donde esperaba ser atendida. Mucha gente entraba y salía, algunos con bolsas repletas de mercadería; otros, con alguna pequeñez que les cabía en las manos.

Aun así, esto parecía una aldea comparada al ritmo al que estaba acostumbrada. El apartamento de Belgano estaba a pocas cuadras de la estación, por lo que constantemente se escuchaban los trenes, sumados al ruido de los autos y el gentío en su devenir. Pero no le disgustaba esta tranquilidad. Se la había imaginado más densa.

De repente oyó ruidos detrás de la puerta. Ladridos y una voz humana parecían competir por destacarse uno sobre el otro; el ladrido parecía de un cachorro y la voz pertenecía a una mujer.

Después la puerta se abrió. Una mujer de rostro simpático se asomó y la examinó de arriba abajo. Sofía calculó que tendría alrededor de treinta y cinco años. Era alta y robusta; tenía ojos marrones inquietos, la piel trigüeña y el cabello oscuro, salpicado de canas, recogido en una cola de caballo.

Antes de que atinase a decir nada, Sofía se presentó.

—Me dijeron que alquila habitaciones... —añadió, con cierta ansiedad por la desconfianza que transmitía la mirada de la mujer.

Recién entonces, su ancha boca se expandió en una sonrisa.

—Sí; en realidad, se las alquilo a estudiantes. Son habitaciones sencillas, pero las mantengo limpias y ordenadas. Tengo algunas disponibles ahora. Si te siguen gustando después de haberlas visto, podés elegir la que prefieras y quedarte. A propósito, me llamo Aldana.

Tras haber pronunciado las palabras, cogió el bolso que Sofía había apoyado en el suelo y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Apenas entró, Sofía quedó deslumbrada por lo que vio. El exterior de la propiedad no sugería ni remotamente lo que guardaba en su interior. Un jardín inmenso se desplegaba ante sus ojos: árboles gigantes, repartidos al azar por el terreno, ofrecían una generosa sombra a las diminutas plantas que crecían a su alrededor, que salpicaban de multicolor el oscuro pasto. A la izquierda, una amplia galería, con mesitas rodeadas de sillas; algunas estaban ocupadas por muchachas concentradas en los papeles que tenían en su regazo. Alcanzó a ver una escalera, que supuso conducía a las habitaciones de arriba. La pintura descascarada de las paredes aumentaba el atractivo del lugar, como si fuera el detalle que coronaba la naturaleza salvaje que la rodeaba.

Mientras Sofía observaba a su alrededor, embelesada, Aldana le comentó que disponía de diez habitaciones en total, de las cuales tenía tres disponibles.

Como los espacios eran amplios, había colocado dos camas en cada habitación. Esto ofrecía a sus inquilinas —la mayoría, chicas jóvenes de ciudades lejanas y recursos limitados— la posibilidad de reducir gastos compartiendo el lugar. Por esta razón, en la actualidad tenía doce, una cantidad que superaba a casi el doble del número de habitaciones ocupadas. Solo dos muchachas habían preferido pagar el alquiler completo a cambio de la tranquilidad de disponer de su propio espacio, pero las dos provenían de familias económicamente holgadas.

—Una de las habitaciones que tengo disponibles está en la planta alta; las otras dos, están abajo —dijo Aldana, invitando con un gesto a Sofía a conocerlas.

No les llevó más de diez minutos verlas. La de la planta alta, además del contratiempo de la escalera — que era incómodo, ya que Sofía estaba malacostumbrada a manejarse con el ascensor— tenía una ventana minúscula, con una vista muy pobre hacia la calle. Lo mismo pasaba con uno de los dormitorios de la planta baja, cuya ventana estaba orientada hacia la calle, y servía de amplificador de lo que allí ocurría. Sin embargo, la última habitación que le enseñó Aldana era primorosa. Además de ser la más pequeña en proporciones, tenía un amplio ventanal desde el cual podía ver el jardín que tanto le gustaba. El mobiliario estaba compuesto, en todos los casos, por dos camas de una plaza, acompañadas de sus respectivas mesitas de luz haciendo juego, y dos pequeños roperos.

—¡Esta última es la que más me gusta! —exclamó Sofía, sin poder ocultar su entusiasmo.

Aldana parecía sorprendida, como si hubiera esperado que a última hora la joven inventara una excusa para marcharse.

—No puedo decir cuánto tiempo me voy a quedar, porque depende de lo rápido que solucione los arreglos que necesita la casa, pero puedo pagar unos días por adelantado... —propuso Sofía, buscando su billetera en la cartera.

Aldana se opuso.

—De ninguna manera. Las chicas me pagan a mes vencido; no voy a hacer una excepción con vos. Cuando te vayas, arreglamos cuentas.

Sofía sonrió, agradecida.

Antes de que atinara a hacer nada, Aldana fue y regresó en un santiamén con el bolso. Lo acomodó sobre la cama, al tiempo que le indicaba dónde quedaban los baños, el comedor y la sala de estar.

—Cada una puede prepararse su comida, pueden usar la cocina y la heladera, pero para evitar problemas, siempre recomiendo que envuelvan sus cosas y las etiqueten con sus nombres, porque siendo tantas, son muy frecuentes las confusiones. La mayoría prefiere que yo les cocine; eso después lo arreglamos aparte. Hay un televisor en la sala de estar: suele estar sintonizado en un canal que me guste a mí, ya que la mayoría de mis inquilinas tiene uno en su habitación; además, se supone que están en Resistencia para estudiar. Si querían ver televisión, podían quedarse en sus pueblos.

Sofía sonrió. Supuso que disfrutaría de su estadía en este lugar tan amplio, hermoso y habitado por gente joven. E indudablemente que alguien —con seguri-

dad Aldana— podría ayudarla recomendándole alguna persona para los arreglos de la casa.

Pero de momento necesitaba descansar. Habían sido demasiadas emociones en poquitas horas. Un viaje largo, una ciudad desconocida, gente nueva... Se sentía muy cansada. Dormiría un poco antes de poner manos a la obra.

VI

Agotados, su cuerpo y su mente no se conformaron con dormir “un poco”. A las cinco de la tarde, Aldana golpeó la puerta con los nudillos. Sofía, que se había recostado sin cambiarse de ropa, se incorporó de inmediato. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Luego respondió al llamado.

—Disculpame, se ve que estabas muy cansada, pero ¿no querés comer algo? —ofreció Aldana, asomando el rostro por el umbral.

Sofía asintió. Ahora que se había despertado, notó que estaba hambrienta. Hambrienta y deseosa de conocer a la gente con la que compartiría este lugar. Mientras se arreglaba el cabello, antes de salir hacia el comedor, reparó en que era la primera vez que emprendía una travesía sola. Si bien siempre había viajado, especialmente en época de vacaciones, lo hacía en compañía de su padre, que vivía pendiente de ella. En un par de ocasiones también había viajado con Raquel, con quien compartieron desde la habitación hasta cada una de las salidas. Y lo más osado que había hecho fue viaje de egresados de quinto año del colegio secundario; pero incluso entonces, había estado vigilada por un grupo de profesores y padres, y acompañada por sus amigos de estudio. Esta era la primera vez que viajaba sola, a un lugar que no conocía.

Aldana la estaba esperando en la mesa del comedor con una generosa milanesa y abundante ensalada de tomates, lechuga y cebollas. Había jugo de frutas en una jarra de vidrio y ensalada de frutas para el postre.

—La mayoría de mis muchachas prefiere comer juntas en la mesa grande. Así que cada una aporta unas monedas extra para las comidas, que se hacen mucho más divertidas así, y a veces nos turnamos para cocinar —le comentó Aldana, disfrutando del arrojo con que la joven se sentó a la mesa y comenzó a devorar el almuerzo.

La dejó masticar en silencio los primeros bocados antes de continuar.

—¿Así que heredaste una casa?

Sofía había supuesto que esto sería tema de conversación. En los tiempos que corrían, heredar una propiedad era un privilegio; y el haber sido la única heredera de su padre la situaba incluso en una posición de ventaja con respecto a los demás.

—Sí, mi papá la compró hace muchos años, para usarla de parador cada vez que sus asuntos lo traían a Resistencia —explicó.

—¡Qué increíble! ¡Mirá las vueltas del destino, que te trajeron a una ciudad desconocida gracias a los negocios que tuvo tu padre! —exclamó Aldana—. Por mi parte, yo heredé esta casa de una tía. Era una señora grande, inválida, hermana de mi papá. Como yo era la hija más pequeña, mi familia decidió que me hiciera cargo de ella; incluso me mandaron a vivir a Resistencia cuando todavía estaba en la escuela secundaria, para que la cuidara mientras estudiaba. Eso me molestó bastante y al principio lo hice a desgano, pero no tardé en notar que la experiencia no era mala. Gracias a mi tía terminé viviendo en Resistencia, conocí otra clase de gente y tuve un destino benévolo... Cuidarla no implicaba demasiado trabajo; en realidad, lo que

tenía que hacer era controlar a la enfermera que se encargaba de ella, porque ya había pasado por malas experiencias, de gente que se aprovechaba de su ancianidad para estafarla. Llegué a quererla entrañablemente. Y lloré mucho en su velorio porque sabía cuánto la extrañaría —aseguró—. Al final me dejó la casa. ¡Eso no me lo esperaba! Fue el regalo que me cambió la vida.

Con un gesto de la cabeza, señaló un pequeño altar sobre la mesita del teléfono, donde había una antigua fotografía protegida por un brillante marco dorado. En la imagen podía verse a una jovencita virginal de ojos rasgados y abundante cabello oscuro.

—Esa era mi tía, ¡mucho antes de que me dejara la casa, claro! —bromeó Aldana—. Cuando falleció yo era muy joven, no sabía que haría sola aquí... Tenía algunas amigas oriundas del interior, que necesitaban un techo y no exigían demasiado. Empecé alquilándoles a ellas. La casa era grande, pero poco a poco hice agregar habitaciones. Hasta el día de hoy, mi clientela son estudiantes que vienen de otras ciudades, que son las únicas que se conforman con tan poco.

Sofía aprovechó para hablar de los arreglos que estaba necesitando su casa.

—¿Podrías recomendarme alguien que me prepare un presupuesto? —pidió.

Aldana asintió. En su agenda perpetua tenía albañiles, electricistas, plomeros, carpinteros y cuanto especialista pudiera necesitar, ya que una propiedad tan grande y con tanta gente era una combinación explosiva: siempre había algo que reparar.

Y sin perder tiempo, mientras Sofía terminaba su ensalada de frutas, cogió el teléfono e hizo un par de llamadas. En primer lugar, telefoneó a Barrios, un vecino muy habilidoso, que era siempre su primera opción para cualquier problema que tuviera, porque era prolijo y cobraba precios accesibles. Después llamó a un cerrajero, para que abriera la puerta trasera. Los dos podían ir en un rato, esa misma tarde. Acordaron encontrarse en la casa a las seis y media.

Eso le dejaba a Sofía un margen breve de tiempo para darse una rápida ducha y cambiarse de ropa. En dos bocados acabó de comer su ensalada de frutas y levantó las cosas de la mesa. Estaba por lavar la vajilla, pero Aldana se lo impidió.

—Andá a bañarte. Otro día lavás vos. Hoy es tu primer día acá.

Agradeciéndoselo con la mirada, Sofía se alejó hacia el baño. Estaba impaciente por saber cuándo costarían los arreglos y cuánto tiempo llevaría hacerlos.

VII

Aldana insistió en acompañarla. Sofía supuso que era por curiosidad. Si bien hasta ahora no le había hecho ningún comentario, daba por supuesto que ella también había conocido a doña María y la gente que alquiló la casa tras su partida.

Sin embargo, la juzgó apresuradamente. Aldana no conocía la casa, ni siquiera de haber pasado delante de ella. También eran significativas sus exclamaciones y la expresión de sus ojos, que la estudiaban en detalle. Festejó el jardincito delantero, como si estuviera viendo lo que podría llegar a ser en vez de la maleza actual, y cuando Sofía abrió la puerta y la invitó a pasar, sus observaciones se sucedían de manera atropellada.

—¡Qué casa tan linda! ¡Qué hermoso lugar! ¡Podría servir tanto para una persona sola, como para una pareja y hasta para una familia pequeña! ¡Vas a ver que una vez que hagas los arreglos necesarios, quedará preciosa!

Barrios fue el primero en llegar. Recorrió la casa junto a ellas, observando y escuchando las dudas de Sofía. Subió al techo prendiéndose por las rejas de una ventana y también abrió la cámara séptica. Al regresar al punto de partida, emitió su opinión, breve y concreta.

—La casa no está tan mal, teniendo en cuenta el tiempo que hace que está deshabitada. Los problemas que tiene son los que habría que esperar. La humedad afectó los marcos de madera, por eso cuesta abrir al-

gunas de las puertas y ventanas, y cuando se las abren, después no se las pueden cerrar. Algunos marcos están podridos: conviene reemplazarlos. También noté en algunos casos que están comidos por las termitas. El problema con la luz, es que las hormigas se comieron algunos cables. El techo está destruido en algunas partes, por los gatos, que hacen ahí sus necesidades, lo oxidan y perforan la chapa, pero en mayor medida, es muy posible que haya bichos anidando en el cielo raso: pueden ser murciélagos, ratas o hasta palomas. Los desagües pluviales están tapados por las hojas de los árboles. El agua del tanque de reserva está podrida. Y tiene problemas con la cámara séptica por falta de uso. Eso es lo más grave. Lo demás, es una cuestión de estética: pintar, barnizar, hacer varias limpiezas profundas... Si el tiempo acompaña, en dos o tres semanas podría estar como nueva, porque al estar vacía eso hace más fácil y agiliza el trabajo.

—¿Cuánto podrían costar los arreglos en total? — preguntó Aldana, y recién entonces comprendió Sofía por qué insistió en acompañarla, cuando la vio discutir con Barrios un precio “razonable” para ella. Al cabo de unos minutos llegaron a un acuerdo del que Sofía no participó. Se quedaron luego en silencio, observándola. Sofía reflexionó un momento. La que debía invertir era una suma importante; no obstante, se trataba —justamente— de una inversión. Tanto si la alquilaba o terminaba vendiéndola, la recuperaría con creces. De modo que accedió. Barrios prometió estar allí a primera hora de la mañana siguiente con sus ayudantes y se marchó.

Minutos después llegó el cerrajero. Con una ancha sonrisa, acompañada por una mirada de extrañeza, se metió hasta la cocina y comenzó a luchar con la vieja cerradura. Al cabo de varios intentos y algunos sacudones, logró abrir la puerta. Cambiar la cerradura le llevó pocos minutos. Sofía le pagó por el servicio y esperó a que se retirase antes de pasar al patio trasero, acompañada por Aldana.

Su primera impresión fue que era más amplio de lo que supuso a través de la ventana. Debajo de uno de los árboles, del más viejo, había un banco. Alguna vez había estado pintado de azul, pero ahora solo quedaban restos del color, que llenaba de pecas una madera ajada por años de lluvia y sol. La maleza triplicaba a la que había visto adelante; sin embargo, Aldana exclamaba, como para sí, lo sencillo que sería dejar arreglar el jardín.

El descubrimiento más sorprendente fue el de un galpón, casi oculto tras el grueso tronco de uno de los árboles, construido en el ángulo más lejano del terreno. Era tan grande como una habitación; incluso tenía una ventana, cuyas cortinas podían vislumbrarse detrás de los sucios vidrios.

Sofía corrió hacia allí, seguida por Aldana. Trató de abrir la puerta, sin éxito. Aldana le propuso que probara suerte con alguna de las llaves del manajo; Sofía no creía que resultara, pero obedeció, maldiciendo por lo bajo no haberle pedido al cerrajero que se quedara unos minutos más. ¡Haber sabido que se encontrarían con esto...! Para su sorpresa, una de las llaves calzó en esta cerradura y giró entre sus dedos.

Lo que había adentro las dejó pasmadas. Del piso al techo, acomodados en un orden perfecto que permitía el aprovechamiento del espacio y bien protegidos por telas gruesas y bolsas de nailon, podían adivinarse las siluetas de unos muebles.

Tras meterse tanto como era posible dentro del galpón y haber manoteado debajo de las telas y las bolsas, Aldana llegó a la conclusión de que con lo que allí había podía amueblarse de manera básica la casa. Unos sillones con una mesa ratona, una mesa grande y cinco sillas que alcanzaron a contar, un aparador, dos camitas de una plaza y otra de dos, dos roperos de tamaño mediano y dos mesas de luz, además de una estantería, cajoneras y pequeñas repisas. El estado de los muebles no era óptimo, pero Aldana aseguró que con lijarlos y pasarles una capa de barniz recuperarían su encanto original.

—¿Quién habrá dejado aquí sus muebles? —se preguntó más tarde, tan sorprendida como cuando recién se asomó por la puerta. De todas formas, no importaba. Quien hubiera sido, no se presentaría ahora a reclamarlos.

Tras haber dejado las telas y las bolsas como las encontraron, salieron del galpón, que resultó mucho más amplio de lo que sugería desde afuera. Sofía se encargó de asegurar la puerta y volvieron a la vivienda.

—Si querés, yo puedo ayudarte a arreglar el jardín, mientras Barrios se ocupa de la casa —ofreció Aldana—. Incluso puedo traer gajos de mis plantas, para empezar.

Sofía se lo agradeció con una sonrisa. Siempre había disfrutado de los jardines, pero como nunca tuvo plantas en el apartamento donde vivía, no sabía por dónde empezar. Rescatar este sería mucho más fácil con una guía experta a su lado.

VIII

Cuando regresaron a la pensión, a Sofía la impresionó el movimiento que notó. Las pocas chicas que había visto a su llegada se habían multiplicado en una docena, cuyas edades oscilaban entre los dieciocho y los veinticinco años, repartidas en pequeños grupos. Una acababa de salir del baño de abajo, y otra se metió con prisa; tres se empeñaban en la cocina, preparando la cena; una estaba compenetrada en la televisión; otras, sentadas en la sala y el comedor, no despegaban la mirada de sus apuntes.

Aldana se desplazó entre ellas y, mientras las saludaba, le comentaba a Sofía quién era cada una. A Sofía se le hizo un lío retener tanta información.

—La que está mirando el noticiero es Daniela, mi sobrina. Ella y Dina son hermanas, y comparten una habitación desde hace varios años. Las dos vinieron a Resistencia cuando terminaron la escuela primaria, para hacer la secundaria acá. Esas otras dos que están estudiando juntas en la sala son Verónica y Juanita. Vero es del interior de Corrientes, y Juani, de Charata, pero son compañeras de curso en la facultad, así que comparten la habitación. Están juntas desde hace tres años, y jamás las vi discutir por nada. ¡Son dos ángeles! Por desgracia, no puedo decir lo mismo de las demás...

La descripción continuaba con Luana y Cecilia, ambas de Villa Ángela. Se conocían desde siempre por haber sido vecinas en su pueblo natal, y por eso compartían otra de las habitaciones, a pesar de que cada

una estudiaba algo distinto, con horarios diferentes y una serie de preferencias que a menudo terminaban con ellas peleando a los gritos.

Matilde y Josefina no tenían nada en común: eran dos desconocidas, que compartían el dormitorio para reducir gastos, porque provenían de familias económicamente ajustadas. Después de tanto tiempo había nacido entre ellas una amistad basada en el respeto, la tolerancia y la discreción.

Patricia y Lorena eran las que más problemas de convivencia tenían. Patricia estaba pronta a recibirse de Ingeniera: desde hacía seis años que estaba concentrada en su meta y no permitía ninguna distracción que la desviara. Era capaz de quedarse estudiando toda la noche para asegurarse un diez en los exámenes. Quería un buen promedio porque esperaba acceder a una beca de posgrado en España. Lorena recién empezaba la universidad y era más amante de las fiestas y la diversión que de la disciplina del estudio. Sus estilos de vida tan opuestos las enfrentaban en furiosas discusiones cada vez más frecuentes. Aldana había propuesto separarlas y preguntó con discreción al resto de las chicas si estarían dispuestas a cambiar su compañera por alguna de ellas, pero si bien Luana, Cecilia y hasta Dina consideraron mudarse con Patricia, nadie quería estar con Lorena, por lo que las cosas terminaron quedando como estaban. El único consuelo de Patricia era la certeza de que estaba muy cerca el día de su graduación.

Había dos afortunadas que podían darse el lujo de pagar cada una su propia habitación: Celia y Giannina. Pero eran tan afortunadas, que tampoco necesitaban

compartir las comidas con el resto del grupo, ya que por lo general comían afuera, con sus amigos.

—Celia es hija de un intendente, y los padres de Giannina tienen un campo enorme, con el que hacen un buen dinero. Ellas son las privilegiadas, la excepción del montón. Vienen solo a dormir. Mejor. Sin ellas, ya somos demasiadas, y siempre hay alguna pelea. Esto es como una gran familia, con muchas hermanas: es imposible que en algún momento no surja alguna diferencia, por más tolerantes y organizadas que seamos —explicó Aldana, pero el tono que utilizó minimizaba lo que Sofía suponía que debían de ser esas peleas.

Algunas de las estudiantes repararon en ella, pero no fue sino hasta la hora de la cena, cuando se sentaron a la mesa, que Aldana la presentó al grupo.

—Ella es Sofía. Llegó hoy y se quedará unos cuantos días, el tiempo que duren las reparaciones de una casa que heredó de su padre, a pocas cuadras de acá.

—¿Heredaste una casa? —Sofía oyó la exclamación, pero antes de haber detectado de dónde venía la voz, alguien más preguntó:

—¿De dónde sos?

E incluso:

—¿Cuántos años tenés?

—¿Estás estudiando algo?

De repente, la mesa era un bullicio de preguntas y comentarios simultáneos. Sofía las observaba maravillada, sin saber a quién responderle primero. No hizo falta. Aldana le ofreció una pequeña ayuda.

—Sofía es de Buenos Aires, del barrio de Belgrano. Un murmullo de asombro recorrió la mesa.

—¿Y cómo viniste a parar acá? —preguntó Daniela.

Sofía la observó. Daniela tenía grandes ojos redondos muy expresivos, de un color miel intenso, tez sonrosada salpicada de pecas y largo cabello castaño oscuro, que llevaba recogido en una cola de caballo. Miró luego a Dina, su hermana, y notó cierto parecido entre ambas, pero Dina era mucho más flaca y huesuda, sus ojos rasgados estaban poblados por cejas gruesas y abundantes pestañas; su piel era trigueña y tenía el cabello teñido de rubio.

—Vino a Resistencia a conocer la casa que heredó —respondió Aldana, mucho más compenetrada en la conversación que Sofía.

Entre murmullos, preguntas y observaciones, al finalizar la cena Sofía les había contado que tenía veinticuatro años; que se había recibido ese año de médica veterinaria y que llevaba bastante tiempo trabajando en una clínica; que su padre —un sobreviviente del holocausto de la Segunda Guerra Mundial— había fallecido en abril, de una metástasis que se originó a partir de un cáncer de pulmón; que había perdido a su madre siendo pequeña y que su padre jamás volvió a contraer matrimonio. Incluso comentó que tras la muerte de su padre había decidido cortar una relación de tres años que se había convertido en un quebranto.

Cada comentario suyo era interrumpido por alguna acotación. El pésame por sus padres, las exclamaciones y felicitaciones por su título, el asombro ante lo que había hecho con su pareja...

Al finalizar de comer, las muchachas coordinaron el trabajo de levantar la mesa, lavar, secar y guardar la vajilla y dejar la cocina comedor en orden. Por ser su

primer día en la pensión, se opusieron a que ayudara con nada y la mandaron a descansar, deseándole unas buenas noches y prometiendo con el brillo de sus miradas que la estadía en esta ciudad sería una aventura que marcaría un antes y un después en su vida.

IX

Le costó dormirse esa noche. Quizá por las emociones vividas; quizá, por la larga siesta que había echado apenas unas horas antes; quizá fue la suma de todo. Pero cada vez que cerraba los ojos, se entremezclaban las imágenes de su recorrida por la casa con fragmentos de recuerdos que conservaba de su padre y Raquel, las voces de las chicas, la figura afectuosa de Aldana, cual una madraza protectora... En un segundo espantoso, en el que tuvo la sensación de estar cayendo al vacío, su primo Jonathan la miraba dubitativo y enfatizaba las palabras al comentar: “Es extraño. Fue muy específico con el destino que quería darle a cada una de sus cosas..., pero no me dijo nada con relación a la casa del Chaco...”, mientras la anciana la tomaba de las manos y exclamaba “¡Sofía!” con lágrimas en los ojos.

Se durmió con la incómoda sensación de estar suspendida en la nada y despertó muy temprano, cuando los primeros rayos del sol comenzaban a asomar. Sentía un hormigueo en el vientre, ardientes los ojos y pesada la cabeza: una fatal combinación del poco descanso y la excitación por el día que la esperaba.

Poco después comenzó a sentir un murmullo de voces, sonidos de pasos y puertas que se abrían y se cerraban. A pesar de ello, permaneció dormitando un largo rato, hasta que se hizo la hora de ir a la casa.

Aldana la estaba esperando con el desayuno. La mesa estaba desordenada: arrugado el mantel y salpicado de migas, restos de té y café en las tasas, un mate

listo en el lugar de Aldana y bandejas con chipacitos y facturas. Aldana le dio los buenos días y le preguntó que deseaba tomar. Sofía eligió un té con leche, y Aldana se lo sirvió con ágiles movimientos.

Media hora después estaban en la casa. A los pocos minutos llegó Barrios con sus ayudantes. Lo primero que hizo fue la lista de los materiales que necesitarían para empezar y le comentó a Aldana dos negocios grandes del centro que vendían a buen precio. Estaba por mandar a uno de sus muchachos a realizar la compra, pero Aldana lo detuvo. Le parecía que esta era la ocasión perfecta para que Sofía conociera algo más de Resistencia. Les propuso que mientras tanto recorrieran una vez más la casa y organizaran un plan de trabajo.

Fueron al centro en colectivo. Sofía observaba el paisaje desde la ventanilla, curiosa, y Aldana no paraba de hablar. Incluso cuando bajaron, la mujer continuó mostrándole lo que le parecían más relevante. Entre medio, hicieron el pedido en uno de los negocios y acordaron que al mediodía les llevarían los materiales a la casa.

Volviendo pasaron por la plaza central de Resistencia, que Aldana le hizo conocer por completo, orgullosa, mientras le contaba que estaba considerada un jardín botánico por la cantidad y variedad de árboles que albergaba, de los cuales les relató sus leyendas preferidas; le mostró la sección de juegos infantiles, las ocho fuentes ubicadas en el centro que fueron motivo de decepción y crítica porque siendo Resistencia la Ciudad de las Esculturas habían esperado algo artístico, la Pérgola de los Artesanos, algunas de las es-

culturas... Sofía quedó boquiabierta cuando vio la de la de Rómulo y Remo amamantados por la loba. Luego, ya regresando, le mostró en el Mástil de Resistencia las cuatro placas colocadas en cada uno de los lados del basamento, relacionadas con la historia chaqueña. Sofía la escuchaba con interés, disfrutando de las curiosidades de esta tierra extraña, que conservaba mucho de pueblo, pero al mismo tiempo no tenía nada que envidiar de la vorágine de una gran ciudad.

El trayecto de regreso fue tan animado como el de ida. Aldana no se cansaba de comentarle cosas y planificar mentalmente, pero en voz alta, cómo se organizarían con los arreglos de la casa. A Sofía la sorprendía sobremanera cómo se había compenetrado en una causa que le era ajena, y casi sin conocerla. No lo entendía, pero lo agradecía, ya que —si hubiera tenido que manejarse sola en una ciudad desconocida— la experiencia habría sido mucho más difícil.

X

Además de que Barrios y sus ayudantes eran excelentes trabajadores, el tiempo acompañó con días soleados y secos. Aldana y Sofía iban temprano a la mañana a la casa, y mientras ellos se ocupaban de los arreglos, Aldana se encargaba del jardín. Día a día, Sofía veía como la maleza se iba reduciendo; en algunos casos, quedaban a la vista los restos sobrevivientes de hermosas plantas que, otrora, debieron de haber cautivado a la vista con sus colores.

Cuando el jardín quedó limpio de yuyos y escombros, Aldana buscó entre sus plantas algunas que crecieran de gajos y seleccionó unos cuantos para llevar a la casa de Sofía, donde los plantó en grupitos multicolores.

Sofía observaba el proceso admirada, sin hacer nada, ya que Aldana consideraba la jardinería como una terapia y prefería ocuparse sola de la renovación. Sin embargo, Sofía no dejaba de hacerle preguntas y Aldana compartió con ella sus conocimientos y secretos.

Un día, ya casi finalizando la jornada, mientras Aldana controlaba la pintura del comedor y Sofía se recreaba en el jardín delantero, vio por el rabillo del ojo pasar por delante de la casa a la misma anciana que la sorprendió a su llegada. Pero cuando se volteó la mujer ya no estaba. Ansiosa se abalanzó hacia el portón al tiempo que llamaba a Aldana. Sin embargo, fue en vano: si la mujer había pasado por allí o si había sido engañada por alguna ilusión óptica, no podía saberlo.

Cuando Aldana llegó hasta ella, la encontró nerviosa y decepcionada, mirando un punto muerto en la lejanía.

En pocas palabras le comentó su experiencia con esa mujer y se la describió con tanto detalle como pudo, con la esperanza de que Aldana reconociera en ella alguna vecina. Pero Aldana se limitó a negar con la cabeza.

—La gente de Buenos Aires suele creer que las ciudades del interior son pueblos de cuatro manzanas, donde todos se conocen entre sí —recriminó—. Nada más alejado de la realidad. Yo ni siquiera conozco a todos los vecinos de mi cuadra. Pero si es tan importante para vos, te conviene estar atenta para preguntarle la próxima vez que la veas, si te conoce y de dónde. Sin embargo, yo te aconsejaría que no le des demasiada importancia. Lo más seguro es que sea una vieja trastornada.

A medida que los arreglos se iban terminando y la casa recuperaba lo que debió de ser su antiguo esplendor, el entusiasmo de Sofía y Aldana contagiaba a las chicas, que deseaban conocer el lugar. En grupos reducidos de no más de tres, para no molestar el trabajo de los hombres, se turnaron para ir junto a ellas. Quedaron encantadas. La casita era un sueño de tan hermosa.

Los arreglos costaron más de dinero del previsto, como ocurría siempre en la rama de la construcción, según aseguró Aldana —que tenía bastante experiencia en el tema—, pero el trabajo impecable de Barrios y sus ayudantes bien lo valía. Como también tardaron más de lo que habían pensado, Sofía llamó a su trabajo para avisar que todavía no tenía fecha de regreso. Su

jefe le respondió que se despreocupara: cuando se reincorporase verían la manera de que devolviera con horas extras y trabajos especiales el tiempo que no había estado.

Al fin, después de un mes de intenso trabajo, casa y jardín estuvieron listos. Cuando Sofía se paró frente al portón, antes de abrirlo, cerró por un momento los ojos. Recordaba muy bien el estado decadente en que había hallado la propiedad, recién llegada a Resistencia. Ahora, al abrir los ojos, al recorrer el jardín con la mirada, podía ver la naciente belleza exuberante, que en poco tiempo más se crecería hasta cubrir cada rincón del espacio. El césped crecía a diario, ocultando a la vista la tierra negra y húmeda. El rosal había recuperado el color de sus hojas, y algunos pimpollos prometían perfumar el ambiente muy pronto. Los gajos de Aldana habían echado raíces y crecían, abrazándose en sus colores.

¡Y la casa...! Cuando Sofía atravesó el umbral, casi no podía creer lo que vio, a pesar de que había acompañado los cambios a diario. No eran solo las paredes reparadas y pintadas, en suaves tonos pastel, las maderas de puertas y ventanas lijadas y barnizadas, la electricidad y el agua funcionando a la perfección... Lo que más impactaba, lo que más vivificaba a la casa, eran los muebles, distribuidos en el espacio de modo tal que ni siquiera se notaba que eran tan pocos.

Había sido idea de Aldana.

—¿No querrías aprovecharlos? Ahí donde están van a terminar por arruinarse, y además podrías usar el galpón para otras cosas. Y si alquilaras la casa, podría ser de gran ayuda para alguien que esté empe-

zando a independizarse, que ya tenga algunos muebles.

Sofía accedió y preguntó cuánto saldría ese trabajo extra. Porque no era solo correr los muebles y acomodarlos, sino también repararlos. Pero para su sorpresa, cuando los rescataron de debajo de tanto lienzo y nailon, lo único que encontraron fue algarrobo polvoriento. Nada que no pudiera solucionarse con un plumero y un poco de cera.

El efecto era acogedor. Ayudaban en ello las cortinas que Aldana le había regalado, bailando al compás del viento que entraba por las ventanas abiertas, la iluminación de los focos bien ubicados, la distribución de los muebles... Claro que si alguien pretendía vivir ahí eran muchas las cosas que faltaban, pero para empezar, no podía haber sido mejor.

Sofía recorrió la casa con gran alegría. En cada ambiente se detenía y observaba cada detalle; luego cerraba los ojos, para recordar la casa abandonada que encontró al llegar, y los volvía a abrir, maravillada.

El jardín trasero merecía un capítulo aparte. Ya casi podía ver el alfombrado verde cubriendo cada rincón de tierra; los árboles, renovados con una pequeña poda que les habían hecho; los gajos que Aldana había traído de su propio jardín, creciendo rápidamente; el olor a tierra mojada refrescando sus pulmones; el banco que hasta hacía cuatro semanas estaba destruido, majestuoso con lo que debió de haber sido su azul original...

Si esta casa hubiera estado en Buenos Aires, no habría dudado en mudarse. Si bien estaba acostumbrada a vivir en un apartamento, siempre había envidiado a

quienes tenían casa, con jardín, perros, y mucha más libertad y privacidad, que los vecinos de un edificio. Estaba acostumbrada, pero no dejaba de ser un fastidio.

Si la casa hubiera estado en Buenos Aires... Pero no estaba. Y Sofía sabía que no estaba preparada para un cambio tan grande. Estas semanas habían sido maravillosas, como unas vacaciones especiales, ya que Resistencia no era la clase de ciudad que hubiera visitado como turista, pero prolongarlas indefinidamente arruinaría su encanto.

XI

No se mudaría, pero Sofía quiso disfrutar unos días de su casa. Como era jueves, pensó que no haría una diferencia en su trabajo si se reintegraba el viernes o el lunes, pero sí podía ser una linda experiencia que se juntaran a cenar en su casa, como cierre a lo que habían compartido. Resistencia distaba a mil kilómetros de Buenos Aires; era un viaje de doce horas en ómnibus, que estaba segura de no querer realizar a menudo, pese a que extrañaría esta tierra mágica y cálida en pleno invierno. Hasta podían aprovechar para festejar el Día del Amigo, que era el viernes.

Reunirse a compartir una última cena era una idea excelente, pero que Sofía corriera sola con los gastos de comprar comida y bebida no le pareció correcto a Aldana. Como dividir el gasto entre las chicas seguía siendo bastante dinero, Aldana decidió que cocinarían y prepararían la cena entre todas. El broche de oro del Día del Amigo sería que Sofía se quedaría a dormir en su propia casa. Pero como les parecía una lástima que pasara sola su última noche en Resistencia, y como había varias camas, Lorena propuso que una de ellas se quedara a hacerle compañía. La idea encantó a las demás y entonces Aldana sugirió que hicieran un sorteo para elegirla, antes de comer el postre. Cada una escribiría su nombre en un trozo de papel, echarían los papeles bien doblados en un recipiente, los mezclarían, y Aldana, que era imparcial en la cuestión, elegiría uno. Quien fuera la favorecida por el azar, se quedaría con Sofía. Las chicas estuvieron de acuerdo,

excepto Dina y Patricia, que después de cenar querían volver a la pensión a seguir estudiando.

La mañana del viernes Sofía acompañó a Aldana a realizar las compras. Aldana, adiestrada en la experiencia de cocinar a diario para un grupo numeroso, no solo tenía un ojo entrenado para elegir la mejor mercadería, sino que también calculaba perfecto las cantidades necesarias.

Al atardecer, las que ya habían terminado su jornada de estudios se sumaron a la cocina en la casa de Sofía. El menú de esa noche serían milanesas de carne y de pollo acompañadas por tres ensaladas distintas. De postre, una colorida ensalada de frutas.

Cuando terminaron volvieron a la pensión para ducharse y cambiarse de ropa. La única que se quedó fue Sofía, porque quería probar su baño y asegurarse de que hubiera quedado bien.

Aldana había sido la última en irse, sonriendo satisfecha. Sin embargo, Sofía creyó ver una ráfaga de tristeza en su mirada.

—A las nueve en punto estaremos aquí de nuevo — le prometió, al despedirse.

Faltaba menos de una hora.

Sofía había elegido la habitación más pequeña, donde habían colocado las dos camas de una plaza, para dormir esa noche. Le resultaba extraña la cama de dos plazas, y le llamaba mucho la atención. Su padre había cambiado su cama matrimonial por una pequeña cuando dio por perdida la posibilidad de reencontrar a Sarah. ¿Por qué había tenido entonces, en un lugar al que venía de vez en cuando por pocos días, una cama tan grande? ¿Y por qué había además dos

camitas de una plaza? Claro que tampoco estaba segura de que los muebles le hubieran pertenecido. En el tiempo que demoraron los arreglos, mientras merodeaba entre la curiosidad de los vecinos, solo oyó mencionar a doña María, una mujer que había vivido en la casa en los años ochenta, pero de Pablo Brickmann nadie pudo recordar nada. Tal vez los muebles hubieran venido con la casa cuando Pablo la compró. Por respeto a su padre fallecido, que en definitiva nunca había dejado de ser un hombre, prefirió no darle más vueltas al asunto.

En el dormitorio que había elegido dejó acomodada la ropa que usaría esa noche. Estaba por desvestirse para entrar a bañarse, cuando oyó el timbre. Sorprendida, porque era demasiado pronto para que fueran Aldana o las chicas, fue hacia la puerta y abrió. Sintió que se le helaba la sangre en las venas cuando vio a la anciana. Con una joroba y un bastón gastado sobre el cual se apoyaba, que no servía para disimular su renqueo, la mujer la miró desde sus hundidos ojos marrones. Sofía notó que tenía la piel blanca, salpicada de manchas y lunares.

—¿Cómo supo mi nombre? —le preguntó, apresurada y aturdida.

La anciana continuó mirándola a los ojos, como si se sumergiera en ellos. No era la mirada de una persona que la estuviera viendo por segunda vez: esta mujer la conocía y muy bien. Pero eso era imposible.

Al fin habló, con voz temblorosa, pero con una lucidez que contradecía su aspecto.

—No solo sé tu nombre. También sé quién sos. Y cuándo vos lo descubras, nunca más te irás de esta casa.

Unas lágrimas resbalaron desde sus ojos y apretó con la mano que tenía libre una de las manos de Sofía, que no lograba salir de su asombro.

—Tengo algo que te pertenece —agregó, apremiada.

—¿Tiene que ver con mi padre? —preguntó Sofía, ansiosa.

La vieja pareció perderse de repente.

—Sí, con tu padre —repitió en un murmullo, confusa.

Luego, con una rapidez imposible por su estado físico, la soltó y se alejó. La joven pensó en seguirla, pero desistió de inmediato. Aldana podría tener razón al advertirle que esta mujer podía estar mentalmente enferma.

Perturbada por el episodio, se metió al baño a ducharse. Quizá porque al irse la anciana la casa se hundió en el silencio, quizá porque el recuerdo de su mirada y sus palabras la angustiaron de manera inexplicable, el hecho fue que, al cerrar la canilla para enjabonarse, escuchó un sonido raro, lejano... ¿Pasos? ¿Un portazo? No lo pudo identificar. Seguro provenían de la casa del vecino. Sofía había notado que había niños viviendo en una de las casas aledañas, bastante traviosos y ruidosos. Mientras acompañaba a Aldana en la recuperación del jardín, con frecuencia oía gritar a una mujer, que se pasaba el día disciplinándolos... en vano, ya que los niños proseguían con sus diversiones.

Ese podía ser un problema a la hora de alquilar la casa. Niños bulliciosos y una madre gritona...

Prefería pensar en otras cosas. Esta sería su última noche en Resistencia, la única que pasaría en su propia casa. En pocas horas más, lo que había vivido las últimas semanas quedaría perdido atrás en el tiempo, por la necesidad de abocarse a sus problemas reales en Buenos Aires.

XII

Las chicas llegaron en tres grupos bulliciosos, que llamaban la atención de los vecinos no solo por su manera atropellada de hablar, como si cada una quisiera imponer su voz a las demás, sino por su destino. El movimiento efectuado en la casa había sido seguido con atención por los más cercanos: desde la sorprendente llegada de aquella jovencita casi pelirroja, pasando por los treinta días intensos de arreglos, y rematando ahora con una celebración que convocaba a hermosas jovencitas vestidas de fiesta. El taconeo de los zapatos, las curvas que resaltaban en las que habían elegido usar un pantalón, el ondear de las faldas de las demás... Todo componía un paisaje muy bello... y extraño. ¿Qué pasaría ahora con la casa?

Para cuando llegó Aldana ya estaban sentadas en círculo en el estar, adonde habían llevado también las sillas del comedor de Sofía y las de Aldana. En efecto, previendo que el juego de sillones y cinco sillas no serían suficientes, la mujer se había encargado de pagarle unas monedas a un peón de confianza para que llevara algunas de las sillas de su pensión hasta la casa de Sofía.

El tema central de conversación era la anciana. A pesar de que trató de pensar en otras cosas, Sofía se sentía como si la mujer aún estuviera mirándola desde la puerta principal. De las chicas, ninguna se privó de opinar. Patricia dio por descontado que estaba enferma de la cabeza y no tenía conciencia de lo que hacía. Dina estuvo de acuerdo. Para Daniela, era posible

que la mujer estuviera mezclando las cosas, y la casa o Sofía o ambas eran el detonante de unos recuerdos distorsionados. Para Luana, era una jubilada aburrida, que actuó un numerito dramático y misterioso para divertirse a costa suya.

Aldana estaba muy seria, con el ceño preocupado. Cuando las demás terminaron de hablar, hizo su propia acotación.

—Tenés que tener mucho cuidado, Sofía. Lo que pasó puede ser hasta peligroso. Esa mujer podría formar parte de una banda de ladrones. Podría estar sabiendo que buscás alguien que sepa algo de tu padre porque hablaste de eso con varios vecinos, te tira unas frases misteriosas para hacerte picar el anzuelo y poder entrar a la casa para espiar lo que tenés, y al primer descuido, se meten y la desvalijan. Hay grupos que operan de esta forma. Niños, mujeres embarazadas o con bebés, ancianos... Usan gente de la que jamás sospecharíamos.

Sofía suspiró, desalentada.

—Pensé que esas cosas pasaban solo en Buenos Aires —se lamentó.

—Pues no: pasan en todo el país. Y a veces hasta con una violencia que no tiene nada que envidiarle a Buenos Aires.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Josefina cambió a un mejor tema, y pronto estuvieron hablando al mismo tiempo, algunas a gritos para hacerse oír por sobre las demás.

Entre risas y charlas llegó la hora del postre. Exceptuando a Dina y Patricia, las demás querían participar del sorteo. Cortaron una hoja en diez trozos y se re-

partieron las biromes para escribir por turnos sus nombres y meter en un cuenco los papelitos arrugados. Josefina fue la última. Tras asegurarse de que no faltaba nadie, Aldana mezcló los papeles y eligió uno al azar. Las chicas cruzaban los dedos y reían, esperando ser la elegida. Aldana extendió el suspenso tomándose más tiempo del necesario para abrir el papel, luego las miró una por una, y a lo último dio vuelta el papel, para que el nombre quedase a la vista. La letra era bastante desprolija, pero aun así, podía leerse con claridad “Daniela”.

La joven saltó y gritó, contenta, sin poder creer que había ganado. Las demás protestaron. Pero Aldana las silenció con una orden impaciente.

—No arruinen una linda noche con sus quejas.

El bullicio, las bromas y las risas continuaron mientras comían la ensalada de frutas y durante la sobremesa. Pero había sido un día largo y estaban cansadas. De a grupos, como habían llegado, se fueron.

Al final solo quedaron Daniela y Lorena. Daniela tenía que ir a buscar su camión y Lorena aprovechó para volver juntas a la pensión.

—¡En diez o quince minutos estaré de vuelta! — prometió Daniela, al salir.

Sofía aprovechó para cepillarse los dientes, quitarse el maquillaje y cambiar su hermoso vestido por un sencillo camión. Mientras estaba en el baño, de nuevo oyó unos golpes secos... como si algo estuviera golpeando contra una madera... ¡y parecían estar saliendo de su habitación! Con la sangre helándosele en las venas, salió del baño y entró a su cuarto, sin dejar de mirar con atención a su alrededor. Podía oír la ad-

vertencia de Aldana como si estuviese a su lado. “Esa mujer podría formar parte de una banda de ladrones.” Sin embargo, en su habitación ni en ninguna otra parte de la casa halló nada. Terminó suponiendo que serían esos condenados chiquillos de nuevo, pese a la hora.

Cuando Daniela regresó, prefirió no comentarle el episodio. Esta era su última noche en Resistencia; quería que fuera tan inolvidable como la primera. De aquella conservaba aún el recuerdo de los ladridos de Tomy correteando a los gatos, la belleza del jardín a la noche, el primer amanecer en la pensión... Ahora, vería al amanecer desde su propia casa. Y seguramente mañana, a esta misma hora, estaría dentro del ómnibus, regresando a su hogar...

Le alegraba que hubiese salido el nombre de Daniela porque era la que hubiera elegido de haber dependido de ella, porque habían empezado una linda amistad. Tenían mucha afinidad. Su historia familiar también era trágica y en eso se sentía identificada. Había creado con Daniela un marco de confianza que permitiría contarle sus secretos, sus crisis existenciales, sus penas inconfesables, de una manera que le resultaba imposible con las demás. Incluso con Dina. A pesar de que ella y Daniela eran hermanas, el modo en que Dina había resuelto lidiar con el conflicto, negándolo y no hablando jamás de ello, la incomodaba... Las demás... Las demás la veían como una amiga de paso, lo cual era cierto, con la que eran gentiles y amistosas, pero de manera superficial, como si no valiera la pena construir un vínculo más fuerte.

Aldana estaba exceptuada, pero a esta mujer, pese a su carácter jovial, Sofía no podía verla como a una más. Sentía por Aldana un cariño muy similar al que albergaba por Raquel, a pesar de la abismal diferencia de edad que había entre las dos. Sabía que —de tener la oportunidad de establecer un vínculo más fuerte con ella— acabaría ocupando un lugar importante en su vida.

Esa noche, Daniela y Sofía se quedaron conversando un largo rato, desparramadas sobre los sillones del estar. Cuando el sueño comenzó a vencerlas, se fueron a acostar. Quedaron dormidas de inmediato.

Sin embargo, a la mañana siguiente se sentían cansadas y aturdiditas.

—Fue igual cuando me fui a vivir a la pensión —recordó Daniela—. Me costó habituarme a una cama que no era la mía. Y también me molestan los ruidos desconocidos.

No era el caso de Sofía. Estaba acostumbrada a dormir en otros lugares y jamás le había ocurrido nada parecido. Cuando Daniela mencionó los sonidos desconocidos, un recuerdo de entresueños se asomó a su mente. ¡Claro! Durante toda la maldita noche había escuchado aquellos condenados golpes. Ya no sabía si seguir culpando a los niños de al lado. Más bien debía de ser alguna rama golpeando contra algo... O, peor, roedores. Pero no era posible esto último, pues alguien los tendría que haber visto en el tiempo que duraron los arreglos.

Esa mañana había que devolver a la pensión las cosas de Aldana e ir a la terminal a confirmar para esa noche la fecha de regreso a Buenos Aires. Sofía quería

llegar el domingo para aprovechar el día para acomodar sus cosas y descansar un poco antes de volver a la rutina.

Daniela ya estaba delante del portón mientras Sofía recorría por última vez la casa, controlando que las ventanas estuvieran bien cerradas. Al arrimar la puerta de su habitación, oyó una vez más aquel sonido espantoso. Enfurecida, pues no sabía a qué atribuirlo, se metió de nuevo en el dormitorio y escudriñó cada rincón, con la esperanza de hallar algo... pero fue en vano. Definitivamente, si se decidía a alquilar la casa, antes tendría que solucionar ese problema que le restaba valor a la propiedad.

Fuera de sí, mientras —acompañada por Daniela— cerraba el portón, en una fracción de segundo se le hizo ver un rostro escondido detrás del frondoso rosal. Sin embargo, al mirar otra vez con mayor detenimiento, descubrió un juego de luces y sombras entre las flores y las ramas de la planta.